

La fe cristiana ante los retos culturales de un nuevo siglo

José M. Díaz Moreno, S.J. *

Razón y significado

LOS días 2-5 de junio de este año «pluricentenario» han tenido lugar, en el singular marco del monasterio-hotel de El Paular, unas Jornadas de estudio y diálogo sobre los retos culturales que este fin de siglo presenta a la fe cristiana (1). Fueron

(1) El contenido del programa era el siguiente: *Raíces y horizontes de un triple encuentro*. Ponente: Joaquín L. Ortega. *Las ciencias de la vida: el proyecto genoma humano*. Ponentes: I. Núñez de Castro y J. R. Lacadena. *Nuestra visión del mundo y las imágenes de la ciencia*. Ponentes: A. Pérez de Laborda y M. García Doncel. *Cultura emergente y presencia del Evangelio en la sociedad de fin de siglo*. Ponentes: A. Tornos y E. Nasarre. *Economía y sociedad*. Ponentes: Juan Velarde y J. R. Flecha. *La ética y sus fundamentos*. Ponentes: A. Hortal y Adela Cortina. *La nueva racionalidad teológica*. Ponentes: Olegario Glez. de Cardedal y J. Gómez Caffarena.

* Facultad de Derecho. ICADE. Universidad Pontificia Comillas. Madrid.

concebidas como interdisciplinares y se reunió casi un centenar de profesores universitarios. Fueron convocadas y organizadas por tres instituciones de indudable peso y significado en el pensamiento religioso español: el Pontificio Colegio Español de Roma, la Universidad Pontificia de Comillas y la Universidad Pontificia de Salamanca. Los dos primeros celebraban en este año de 1992 sus respectivos centenarios y la Pontificia Salamantina conmemoraba los cincuenta años de su restauración.

Vale la pena anotar un primer significado que encierra una buena dosis de optimismo: el que estas tres instituciones universitarias hayan pensado en celebrar este encuentro, como una común aportación, nos parece una señal venturosa de que se ha llegado a una ruptura, al menos inicial y Dios quiera que definitiva, del parcialismo y hasta sectarismo que ha dominado en la cultura religiosa española. Este estéril fragmentarismo y casi mutuo desconocimiento de quienes están empeñados y comprometidos en la misma tarea, está en la raíz de lo que alguien, con razón, ha calificado de «irrelevancia cultural y social del catolicismo español actual». Estas tres instituciones dieron respuesta a urgencias del momento en que nacieron. Como, con ajustada imagen, se dijo en la Ponencia introductoria, «mirando el balcón de atrás de nuestras casas» divisamos una tarea bien concebida y ejecutada. Ahora es el momento de «mirar desde el balcón de delante», de echar una mirada al futuro, que es ya presente, y reajustar, con sinceridad y con eficacia, los medios e instrumentos de que disponemos, y de los que echamos en falta, para no dar la espalda a los retos que la cultura de un siglo que termina, y de un siglo que comienza, lanza a nuestra fe cristiana.

¿Significan estas Jornadas, compartidas, en intenso trabajo y cordial amistad, el final de ese fragmentarismo que tanto daño nos ha hecho y nos hace? Desde luego sería una pena un episodio aislado sin mayor significación.

Las líneas que siguen no intentan ser, ni un resumen, ni una valoración de lo mucho y bueno que allí se dijo, se pensó y se dialogó. Sólo quieren ser unas notas apresuradas que dejen constancia de algunas de las impresiones recibidas y que guardamos en nuestro recuerdo.

¿Qué es el hombre?

ESTA fue la pregunta básica que se lanzó desde el horizonte preciso de las ciencias de la vida. Se trata de una

pregunta que sigue en pie, sin que hayamos encontrado todavía una respuesta satisfactoria. En este ambiente surgieron cuestiones e interrogantes de largo alcance en torno al proyecto «genoma humano» y «los nuevos avances científicos» en el campo de la genética humana. ¿Qué concepto manejamos de «naturaleza humana»? ¿Podemos seguir aferrados a un concepto fixista de la misma con el largo cortejo de problemas éticos que lleva consigo? ¿Cuáles son los valores éticos que hacen que no todo lo que, en este campo, es posible, sea también ético? Los ponentes, en sus respectivos campos de indudable competencia, dieron, con libertad y sinceridad, sus personales respuestas y en los coloquios se ofrecieron correcciones, matices y complementos de indudable interés y actualidad. Para la comprensión de cualquier fenómeno biológico sigue siendo necesario acudir a jerarquizaciones superiores o totalidades integradoras, proque para la comprensión de lo humano, el lenguaje biológico necesita estar encuadrado en un discurso capaz de comprender toda la realidad humana. Porque, como se nos dijo, nuestras ignorancias en el terreno puramente biológico superan, con mucho, nuestras pobres certezas.

Este mundo que Dios puso en nuestras manos

EL binomio ciencia-fe ha sido, es y será una constante en el pensamiento religioso. La perspectiva que se nos ofreció era sugestiva, optimista y hasta, en algún aspecto, provocadora. Se aseguró que las ciencias de la naturaleza ni son contrarias a la fe de los cristianos, ni lo serán en el siglo XXI. Y esto es así porque, en definitiva, sólo existe un mundo y si los creyentes decimos que Dios es creador de lo que hay, significa precisamente que es creador de ese mismo mundo que la ciencia está viendo, está mirando y está tocando. Si, por un lado, la ciencia niega posibilidades a «ciertas creencias», nunca nos dirán que «la creencia en Dios creador, en un Creador personal, es desde ellas, irracional». Y esto es ciertamente importante. Por otro lado, se relativizó la aportación de las ciencias a la fe. ¿Qué pueden decirnos desde su fragmentarismo consustancial? Estamos ante una continua reelaboración y reinterpretación de los datos que se van obteniendo. Y, desde otro punto de vista, la Biblia hay que leerla sin querer buscar en ella la expresión justa de un sistema cosmológico científico. Esto resulta aún más razonable, si,

como se afirmó, es verdad que la cosmología ni siquiera puede decirse que sea verdaderamente una ciencia.

La nueva cultura y la nueva evangelización

ES todo menos fácil la tarea de hacer una prospectiva del mundo que deberá ser evangelizado. Pero vale la pena intentarlo. La prospectiva que se nos presentó fue sugerente y muy bien fundada. Decir al hombre lo que va a ser, partiendo de lo que es. Nuestro presente está tensionado y en crisis. Es una evidencia. Refiriéndonos a lo eclesial: tensión entre centralismo e iglesias particulares, entre pluralismo y monolitismo fundamentalista, entre elites y «periferia», entre el discurso evangelizador centrado en el emisor o en los receptores, etc. Al hilo de estas reflexiones las incidencias en nuestra realidad presente y futura brotaban espontáneas. Alguien preguntó si el creyente del futuro tendría que tener más de guerrillero que de soldado encuadrado en un ejército. La mirada al futuro se hizo más concreta al referirse a Europa, a esta Europa que aún no ha salido de su asombro ante el derrumbamiento no pensado de unas estructuras que atenazaban a buena parte de ella. Se trata de un futuro absolutamente imprevisible porque nos encontramos ante la primera revolución que no ha llevado consigo un proyecto innovador. La euforia de los primeros momentos se ha hecho preocupación. Pero es cierto que el cristianismo, lejos de pretender una imposible nueva cristiandad, tiene que estar muy presente, individual y socialmente, en la reconstrucción de unas *auténticas* democracias. La innegable desvalorización actual de la fe cristiana en la construcción de una nueva convivencia sólo terminará si el cristiano se decide a comprometerse en esa tarea, no sólo como hombre, sino como específicamente creyente.

La incidencia y relevancia de lo económico en esta visión del inmediato futuro tuvo también su cualificada presencia en estas Jornadas de estudio y de reflexión. La visión no siempre fue aquí optimista. Hoy lo que se vislumbra es más bien «un conjunto de escombros» de una serie de modelos económicos que un día quizás parecieron viables. Al fracaso irreversible de la economía centralizada, tiene que suceder una economía de mercado, pero en la que hay que crear «un orden de competencias».

Precisamente en esta creación es donde el personalismo cristiano tiene abierto un horizonte ancho y prometedor.

La Ética y sus fundamentos

QUE hay una preocupación por lo ético se percibe en el ambiente por poco que se reflexione. Quizás sea una airada reacción contra la corrupción que nos invade. La ética ha sido, se nos dijo con razón, un lugar de encuentros y desencuentros entre la oferta de las religiones y la respuesta que dicha oferta suscita en los hombres de diferentes culturas. La pregunta aquí es la siguiente: ¿sin Dios hay algo éticamente válido? La necesaria respuesta a este vital interrogante se hace más difícil, desde la vertiente católica, si tenemos en cuenta que «nuestra» ética está bajo sospecha en muchos ambientes debido, sobre todo, al modo como la hemos presentado. Se citaron unas palabras del entonces cardenal Wojtyla, en el Vaticano II: «El modo de enseñar la Iglesia al mundo no debe ser autoritario, sino heurístico, permitiendo al discípulo encontrar la verdad casi por sí mismo». Se trata de una imagen de la Iglesia que hay que corregir porque quizás, por demasiado tiempo, fundó su presencia en el mundo pretendiendo un monopolio ético exclusivista. Por ello urge ponernos en diálogo con otras concepciones ético-religiosas. Una primera urgencia sería liberar la moral católica de todo lo que pueda responder a situaciones culturales de otros tiempos. El fundamento real de lo ético no puede ser otro que la misma vida humana. Y es aquí donde incide la incomparable autoridad de Cristo y de su Evangelio. Porque en El se realizó la plena divinidad y la plena humanidad, la plena sumisión y la plena libertad. La iglesia no puede menos que remitirse a esa autoridad, pero es «en la humanidad realizada y servida» donde se hará realidad esa fundante autoridad ética.

Complementariamente se nos ofreció una sugerente visión de la ética dialógica que pone su acento en insistir más en las conclusiones que compartimos que en los fundamentos de las mismas. Hay que fijar la atención en todo aquello que es «universalizable», porque es, a la vez, lo racionalmente exigible. Una norma es éticamente correcta, no cuando es impuesta, sino en cuanto que es aceptada por la fuerza de convicción que encierra. Es la persona la que se reserva, tras un sincero diálogo, la última decisión de sus opciones. La tarea es construir una ética que, tras distin-

guir entre lo ofertable y lo exigible, proporcione a la persona los instrumentos válidos para que tome sus decisiones en libertad y en verdad.

Podrán achacarse a estos discursos exageradas dosis de utopía. Es posible. Pero aunque sólo sea para compensar el insoportable casuismo de imperativos atosigantes en el que hemos vivido, hay que darle una sincera bienvenida a este aire nuevo y renovador, que nos llega desde estas nuevas concepciones de la ética y de sus fundamentos.

El nuevo ejercicio teológico

ALGUIEN lanzó al diálogo la inquietante pregunta: ¿Seguirán existiendo en la historia futura, que ya ha comenzado, las grandes preguntas que han configurado —como respuesta a las mismas— la ciencia teológica? ¿Cómo interesar a ese «gran desinteresado» que es el mundo moderno en amplios sectores? A esta pregunta se respondió, con absoluta convicción, que el hombre «como oyente de la fe» es indestructible, porque es imagen de Dios. La teología tiene que partir de este principio incontrovertible. Pero, tiene que cavar hasta llegar a la hondura misma del corazón humano, tiene que acompañar al hombre inquieto y desesperanzado por tantos y tantos motivos, tiene que purificar la palabra que le ofrecemos. Es falso que el hombre sea tanto más auténtico cuanto más lejano e independiente de Dios. La teología del futuro tendrá que ser más silenciosa, más humilde, más sencilla, sin grandes pretensiones sistemáticas. Tendrá que compartir con la Iglesia su misión servicial, será no sólo racional, sino, sobre todo, razonable, auténticamente solidaria en la memoria y en los deseos de la humanidad. Quizás no haya propiamente teología, sino teólogos que vivan y comuniquen su fe. Estamos ante una nueva «emigración» de la teología que ya no puede ser una prórroga de su inserción en la cultura greco-romana, sino que tiene que abrirse a nuevas e insosechadas realidades culturales. Sin exageradas prisas, porque el proceso de inculturación en nuevas realidades está en sus comienzos. Todos sabemos que es necesario este proceso, pero apenas sabemos cómo es posible. La inculturación del Evangelio en las culturas es tan difícil, dolorosa y radical como la conversión de un hombre, pero con la diferencia de que la del hombre se hace en un período corto de tiempo y la de la cultura exige un largo madurar. Lo mismo hay que decir de la teología que nace de las nuevas comunidades

del viejo mundo occidental. Es un fenómeno que no se ha sabido todavía interpretar e integrar, perdidos, como estamos, en estériles controversias sobre progresismos o integrismos. Además, si la teología es reflexión de la fe y la fe es una actitud personal, cada persona, que sea un creyente maduro, tendrá su teología en la que coherentemente encuentre lo que se cree y por qué se cree.

Final

COMENZAMOS estas notas, que no tienen otro valor que el de la recepción *subjetiva y pobre*, de lo mucho bueno y fecundo que se dijo y se oyó en las Jornadas, con el deseo, que deseamos compartido, de que no hayan sido un episodio casual en la vida de un sector importante de la Iglesia española. Habría que institucionalizarlas y ampliarlas a otros centros de las mismas características que los que organizaron este primer feliz ensayo.

Si algo necesita el catolicismo «pensante» español es airearse, confrontarse, intercomunicarse. Queremos ser optimistas y pensar que esta puerta que se ha abierto, lejos de volverse a cerrar, abrirá otras que si no están cerradas, sí están sólo tímidamente abiertas.